Semmelweis

Médico Austriaco

Horacio Quiroga

textos.info
biblioteca digital abierta

Texto núm. 8955

Título: Semmelweis
Autor: Horacio Quiroga
Etiquetas: Crónica, Artículo

Editor: Brian
Fecha de creación: 13 de julio de 2026
Fecha de modificación: 13 de julio de 2026

Edita **textos.info**

Maison Carrée
c/ des Ramal, 48
07730 Alayor - Menorca
Islas Baleares
España

Más textos disponibles en http://www.textos.info

Semmelweis

La incomprensión de las ideas nuevas se convierte con el andar del tiempo, si no en comprensión, por lo menos en palabras y actos de gratitud con que la humanidad entona su mea culpa en honor del desgraciado que despreció.

Tarde, ferozmente tarde, esas lágrimas y esa vasta protección humanitaria, llegan por lo común. Pueden pasar varios siglos; la satisfacción llega por fin. Si no escarmentamos —pues algunos esqueletos corroídos de la miseria de sus amos esperan aún las fatales lágrimas de arrepentimiento— puede asegurarse que con cada ciclo de mil años, nuestra deuda a la flor de la humanidad queda pagada. Esperemos, pues, confiados, sin oír todavía los alaridos de locura que aún después de ochenta años, debe de proseguir lanzando Semmelweis desde su tumba-manicomio.

Semmelweis, médico austriaco, había sido sorprendido por algo anormal que pasaba en la perenne infección puerperal de todas las maternidades de la época. Las cifras de mortandad eran aterradoras; en ciertas épocas alcanzaban al noventa y cinco de los casos.

En la Maternidad de Viena, donde actuaba Semmelweis, se observaba que de las dos salas obstétricas del establecimiento, la reservada a la práctica de los estudiantes acusaba una mortalidad mucho mayor que en la sala destinada a las parteras. A tal punto, que las mujeres estaban convencidas de que ir a aquellas primeras salas, era ir a la muerte. No insistimos sobre las crisis de desesperación de algunas enfermas que, creyendo estar en la sala de las parteras, se hallaban en la de los estudiantes.

Si bien con anterioridad a Semmelweis se había asegurado la contagiosidad de la fiebre puerperal, nadie había observado aún de dónde provenía y cómo se operaba dicho contagio.

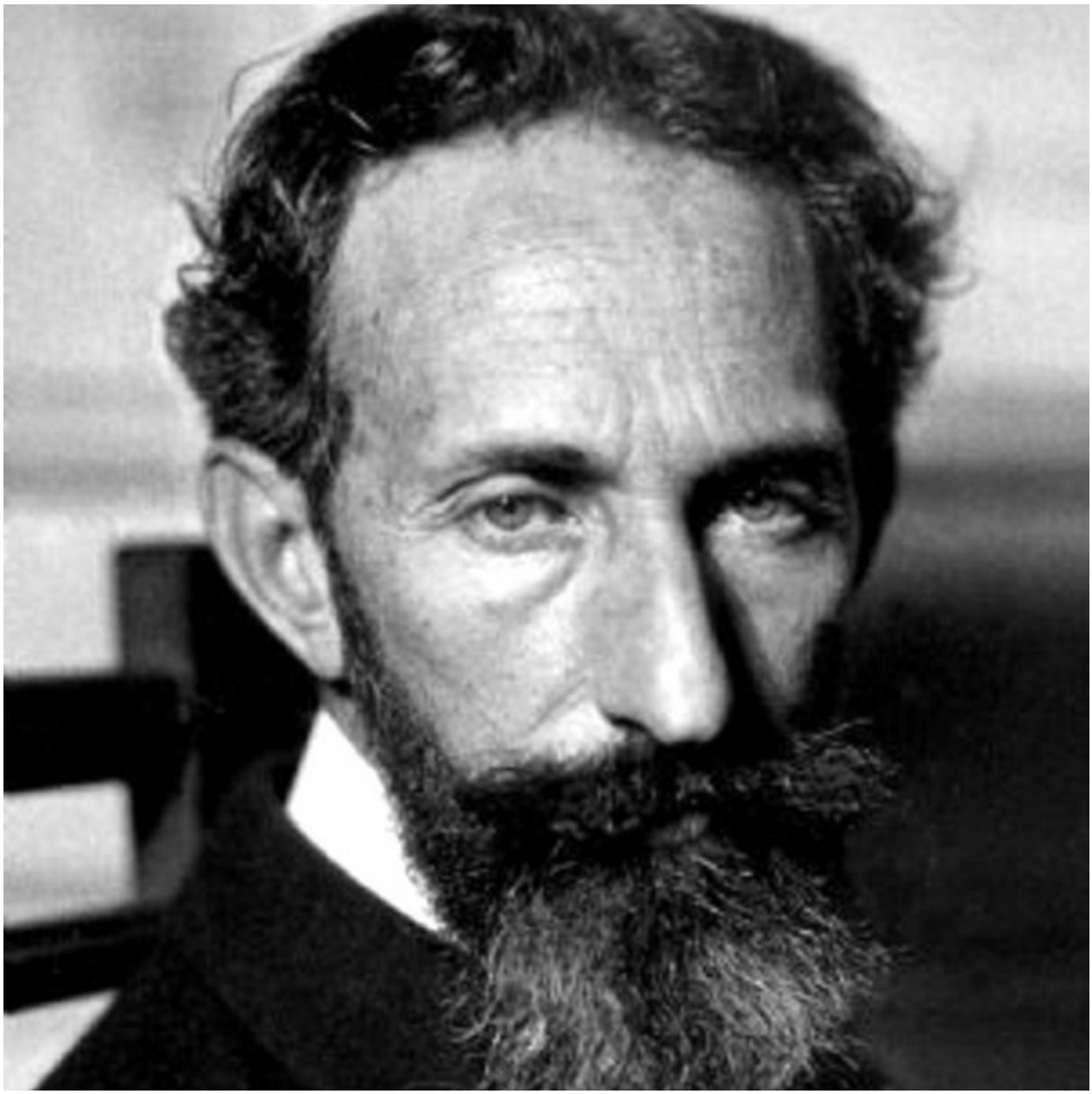
"Debe de haber una secreción, un veneno, un organismo —decíase Semmelweis— que se transmite de un cuerpo a otro por medio del hombre."

En esos momentos moría el doctor Kolltschka, víctima de una infección en un dedo adquirida en la sala de disecciones. Y al comprobar en el enfermo los mismos síntomas y el mismo cuadro clínico que en las puérperas de la Maternidad, la luz se hizo bruscamente en la visión genil de Semmelweis: Una sola y única era la enfermedad del varón infectado y la de las parturientas: un agente, pues, proveniente de los cadáveres de las salas de disección y transportado por los estudiantes a la Maternidad era la causa específica de la fiebre puerperal. Desinfectando campo operatorio, manos y herramientas, la fiebre no debía presentarse.

Como se ve, Semmelweis había llegado de golpe en 1847, al canon actual, adelantándose en veinte años a la antisepsia de Lister, y en otro tanto a las conclusiones de Pasteur.

Preconizó, habló, escribió: no halló clínico en el mundo entero, que le prestara atención. Cansado y extenuado por las risas y los sarcasmos, perdió el juicio, a lo que entendemos.

Horacio Quiroga



Horacio Silvestre Quiroga Forteza (Salto, Uruguay, 31 de diciembre de 1878 – Buenos Aires, Argentina, 19 de febrero de 1937) fue un cuentista, dramaturgo y poeta uruguayo. Fue el maestro del cuento latinoamericano, de prosa vívida, naturalista y modernista. Sus relatos, que a menudo retratan a la naturaleza bajo rasgos temibles y horrorosos, y como enemiga del ser humano, le valieron ser comparado con el

estadounidense Edgar Allan Poe.

La vida de Quiroga, marcada por la tragedia, los accidentes y los suicidios, culminó por decisión propia, cuando bebió un vaso de cianuro en el Hospital de Clínicas de la ciudad de Buenos Aires a los 58 años de edad, tras enterarse de que padecía cáncer de próstata.

Seguidor de la escuela modernista fundada por Rubén Darío y obsesivo lector de Edgar Allan Poe y Guy de Maupassant, Quiroga se sintió atraído por temas que abarcaban los aspectos más extraños de la Naturaleza, a menudo teñidos de horror, enfermedad y sufrimiento para los seres humanos. Muchos de sus relatos pertenecen a esta corriente, cuya obra más emblemática es la colección Cuentos de amor de locura y de muerte.

Por otra parte se percibe en Quiroga la influencia del británico Sir Rudyard Kipling (Libro de las tierras vírgenes), que cristalizaría en su propio Cuentos de la selva, delicioso ejercicio de fantasía dividido en varios relatos protagonizados por animales. Su Decálogo del perfecto cuentista, dedicado a los escritores noveles, establece ciertas contradicciones con su propia obra. Mientras que el decálogo pregona un estilo económico y preciso, empleando pocos adjetivos, redacción natural y llana y claridad en la expresión, en muchas de sus relatos Quiroga no sigue sus propios preceptos, utilizando un lenguaje recargado, con abundantes adjetivos y un vocabulario por momentos ostentoso.

Al desarrollarse aún más su particular estilo, Quiroga evolucionó hacia el retrato realista (casi siempre angustioso y desesperado) de la salvaje Naturaleza que le rodeaba en Misiones: la jungla, el río, la fauna, el clima y el terreno forman el andamiaje y el decorado en que sus personajes se mueven, padecen y a menudo mueren. Especialmente en sus relatos, Quiroga describe con arte y humanismo la tragedia que persigue a los miserables obreros rurales de la región,

los peligros y padecimientos a que se ven expuestos y el modo en que se perpetúa este dolor existencial a las generaciones siguientes. Trató, además, muchos temas considerados tabú en la sociedad de principios del siglo XX, revelándose como un escritor arriesgado, desconocedor del miedo y avanzado en sus ideas y tratamientos. Estas particularidades siguen siendo evidentes al leer sus textos hoy en día.

Algunos estudiosos de la obra de Quiroga opinan que la fascinación con la muerte, los accidentes y la enfermedad (que lo relaciona con Edgar Allan Poe y Baudelaire) se debe a la vida increíblemente trágica que le tocó en suerte. Sea esto cierto o no, en verdad Horacio Quiroga ha dejado para la posteridad algunas de las piezas más terribles, brillantes y trascendentales de la literatura hispanoamericana del siglo XX.

(Información extraída de la Wikipedia)